

Jorge Aladro

Hacia la unión con lo amado

(Muestra de poesía mística)

*Y nos fundiremos en el éxtasis...
jubilosos y a puerto seguro del necio
lenguaje humano, tú y yo.*

Yalaluddin Rumi

Los griegos, al utilizar el término mística, lo relacionaron con los misterios religiosos de Samotracia, Eleusis, etc., que imponían a los iniciados conservar los secretos. Entre los cristianos, dicho término aparece en el siglo III referido al culto (mística litúrgica), a la interpretación alegórica de la Escritura (mística simbólica) y a un conocimiento más perfecto de las verdades de fe que el adquirido por la mayoría de los fieles (mística teológica). El término "teología mística" ya se usaba en el siglo IV, y en pseudo-Dionisio (siglo V) ya están presentes todos los

elementos básicos de la mística cristiana posterior: conocimiento intuitivo e inefable de Dios como consecuencia de la unión.

En el sentido ortodoxo de la palabra, entendemos por misticismo el conocimiento experimental de la presencia divina en que el alma tiene, como una gran realidad, un sentimiento de unión con Dios. Según Evelyn Underhill, la experiencia mística entraña un desdoblamiento donde el yo superficial, lo que Underhill llama el *animus*, tiende hacia la unión con el yo trascendental, el *anima*.¹ El misticismo es un sistema de trascendencia y de búsqueda de lo Amado, que lleva implícito en su estructura métodos de acercamiento y de purificación. Estos métodos han sido tradicionalmente señalados como las tres vías místicas: la purgativa (renuncia), la iluminativa (luz) y la unitiva (éxtasis).

El místico y el poeta comparten experiencias similares, ambos tienden hacia una "realidad oculta" para el hombre común. Sin embargo, esta realidad es diferente para los dos: el místico tiende hacia el misterio de Dios —encaminándose hacia el Silencio—, mientras que el poeta tiende hacia el misterio de lo humano —encaminándose hacia el Verbo—. Así, las tres vías del místico son equiparables a las del poeta, y, según el abate Bremond, estas vías son: "dolorosa gestación", "inspiración" y "fecundidad". El místico se desdobra desde el *animus* hacia el *anima*, siendo el *animus* el conocimiento racional y el *anima* el conocimiento místico o poético.²

Desde el punto de vista psicológico, el desdoblamiento hacia el *anima* es la búsqueda de la parte femenina de todo hombre. C.G. Jung define el *anima* como la personificación de todas las tendencias psicológicas femeninas en la psique de

1. Underhill, Evelyn. *Mysticism*. New York: Image Books, 1961, p. xiv.

2. Bremond, Henri. *Prayer and Poetry*. Londres: Burns, Oates y Washbourne, 1927, p. 109.

un hombre, tales como la capacidad de amor propio, la receptividad de lo irracional, los presentimientos proféticos y el mundo del inconsciente.³ De esta manera, la búsqueda de la experiencia místico-poética puede emparentarse con la búsqueda del amor-ser amado, ya que la

"relación entre erotismo y poesía es tal que puede decirse, sin afectación, que la primera es una poética corporal y que la segunda es una erótica verbal (...) No podía ser de otro modo: el erotismo es, ante todo y sobre todo, sed de otredad. Y lo sobrenatural es la radical y suprema otredad".⁴

Entre el místico y el poeta existen semejanzas indudables. Hay una relación muy íntima entre la esencia poética y la esencia mística, así como la hay entre el fenómeno poético y la inspiración profética. Octavio Paz señala que "el poeta tiende a participar en lo absoluto, como el místico; y tiende a expresarlo como la liturgia y la fiesta religiosa".⁵ Según Amado Alonso, "toda poesía auténtica nos acerca a Dios porque descubre el infinito fondo convergente de cada cosa y porque lo hace con el modo divino de la creación".⁶ Dámaso Alonso afirma que "toda poesía es religiosa (...) y va la poesía a la busca de Dios".⁷ Para Jorge Guillén, la poesía es comparable a "un misterio de la Encarnación. El espíritu llega a ser forma encarnada misteriosamente, con algo irreductible al intelecto en estas bodas que funden ideas y música".⁸

3. Jung, Carl Gustav. *Man and his Symbols*. Londres: Aldus Books, 1964, p. 177.

4. Paz, Octavio. *La llama doble*. Barcelona: Seix Barral, 1994, p. 10.

5. Paz, Octavio. *Las peras del olmo*. Barcelona: Seix Barral, 1971, p. 100.

6. Alonso, Amado. *Materia y forma en poesía*. Madrid: Gredos, 1960, p. 54.

7. Alonso, Dámaso. *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid: Gredos, 1958, p. 397.

8. Guillén, Jorge. *Lenguaje y poesía*. Madrid: Alianza Editorial, 1969, p.187.

Etimológicamente, el término mística (de *mystikón*) significa "secreto", "cerrado", "oculto". Así, de acuerdo con su origen, la palabra "mística" sólo debería aplicarse para designar las relaciones sobrenaturales, secretas, por las cuales eleva Dios a la criatura sobre las limitaciones de su naturaleza y le hace conocer un mundo superior al que le es imposible llegar por las fuerzas naturales. Pero si la mística es la cumbre de la vida espiritual y representa un regalo extraordinario de la Gracia, el alma puede colaborar por todos los medios a su alcance para aproximarse a tal estado de perfección y hacerse digna de él. Esta variada serie de esfuerzos o ejercicios del espíritu se designa con el nombre de *ascética*, que podría definirse como la pedagogía humana que conduce hacia el misticismo.

El origen del término *ascética* no es muy claro. En Homero y en Herodoto significa trabajo artístico o técnico. En autores posteriores significa ejercicio atlético (Tucídides), moral (Aristóteles) y religioso, relacionado con los secretos griegos y egipcios (en los autores pitagóricos). San Pablo lo emplea en el sentido de esfuerzo hacia la perfección cuando exhorta a los fieles de Corinto con el ejemplo del trofeo que espera al atleta vencedor. Este concepto de *ascética* como esfuerzo que predispone para la contemplación y posterior unión, es esencial en la espiritualidad cristiana posterior.⁹

La mística española, que florece vivamente en la época de Felipe II, no tiene una tradición continuada; en cambio, el ascetismo, esencialmente moral, sí tiene, desde sus orígenes, una tradición no interrumpida de poetas castellanos. El pensamiento senequista estoico que florece durante toda nuestra Edad

9. Cilveti, Angel L. *Introducción a la mística española*. Madrid: Cátedra, 1974.

Media es hermano de ese ascetismo o filosofía moral. En Alfonso X, en López de Ayala, en los prosistas del siglo XV encontramos actitudes semejantes a la ascética. El dolor por la ausencia del amado, cantado generalmente por la muchacha, ya aparece en la lírica mozárabe con el poema "Sin mi amado no viviré", haciéndonos pensar que estos poemas podrían haber sido el modelo de una de las cantigas de amigo:

"Ai flores, ai flores do verde pino,
se sabedes novas do meu amigo?"

Y recordándonos, además, la pregunta de la Esposa a las Criaturas del *Cántico Espiritual*:

"¡Oh, prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid si por vosotros ha pasado!"

Así como el afán de búsqueda de lo deseado, sugerido por nuestro místico en labios del Amado:

"Volaré a buscarlo
que voy de vuelo."

El reproche a la larga ausencia del amado, que puede provocar en el amante "olvido y mudanza" (J. Manrique), es tema recurrente en los poetas del siglo XV, como bien señalará San Juan un siglo más tarde:

"Mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y figura".

La gran diferencia entre los dos poetas es que la ausencia en San Juan es verdaderamente sentida, mientras que en Manrique es un lugar común, un juego de tradición poética.

En Garcilaso son unas prendas "por mi mal halladas" —que nos recuerdan los versos de Virgilio y de Petrarca— las que reviven en la memoria del poeta el recuerdo de la amada y de la felicidad perdida; prendas a las que, en la memoria del poeta, se une la idea inevitable de la muerte. Para el poeta toledano, la ausencia de la amada es sinónimo de la muerte misma. Todo el soneto se sustenta en la antítesis entre el dolor presente (la muerte de la amada) y el pasado feliz: "Quando Dios quería", es decir, cuando los amantes (posiblemente el poeta e Isabel Freyre) estaban agraciados por la luz de Cupido. Una fuerza innombrable, destructiva, impide la comunión que en un tiempo lejano simbolizó el encuentro decisivo; expresión de la inevitable soledad de Garcilaso que, por vocación poética, asume un destino en el que se vislumbra la maldición de la modernidad.

En Herrera encontramos que esa concepción poética del amor se transforma en la busca de la Serena Luz que encaminará al poeta hacia la belleza divina: "La inmensa busco" nos dirá el divino sevillano. El amante se queja de la carencia de esa luz: "Qu'enciende i junto enferma" (eco del soneto X de Garcilaso). Luz que también es eterna y la única que puede aliviar su sufrimiento.

La "luz no usada" de Fray Luis, al igual que en Herrera, es el ansia de contemplar lo divino. A Fray Luis, con la música de Salinas, sinónimo de retiramiento, se le despertará el alma y, con ella, la memoria de su origen y el deseo de volver. El alma del poeta está desterrada en el mundo de los sentidos, y la música de Salinas revive en su memoria lo que fue y con quién estuvo. En este caso la memoria no es muerte, como en Garcilaso, sino vida. La Oda es un *ascensus* ascético para "lle-

gar a la más alta esfera", donde el poeta escuchará la música celestial que es la fuente de la de Salinas; paralelismo entre el origen divino del alma y el de la música (consonancia que procede de Macrobio). Son que moverá los sentidos sólo para el "bien divino", pues los dejará adormecidos para todo "lo demás", fusionando al poeta con la armonía del Universo. Pero su intelectualismo —¡maldito intelectualismo!—, ese "bajo y vil sentido", le impedirá la unión con el Amado. Fray Luis quería comprender y esto le privó de "estar" o, mejor dicho, de "ser".

Este no es el caso de San Juan de la Cruz. En el carmelita hubo Noche que juntó "amado con amada,/amada en el amado transformada!" Eso es Unión. Finalidad última de todo proceso místico-espiritual independiente del contexto cultural en que se produce. Así, leemos en el místico sufi Hallaj (s. IX-X):

"Yo, que he visto a mi Señor
con el ojo del corazón, le digo:
¿Quién eres Tú? Y El me responde: ¡Tú!"

O en el místico hindú Kabir (s. XV):

"Allí los bosques están siempre
en primavera y el viento trae fragancia
de su aroma: "El Soy Yo".

Pero, ¿cómo transmitir lo inefable? ¿Dónde está el lenguaje que lo comunique? Para poder ser mínimamente comunicada, toda experiencia inefable necesita de un elemento común entre el emisor/poeta y el receptor/lector. Se necesita de un "como", de la metáfora heredada de la tradición poética (léase la lírica primitiva, El Cancionero, Garcilaso de la Vega y, en su interpretación divina, Sebastián de Córdoba, Fray Luis de León, etc.). Pero, ¿qué es lo más parecido, si algo se le parece, al Amor Divino? Posiblemente lo más cercano sea el amor huma-

no en sus distintas manifestaciones: amor de amigo, amor fraterno, amor paternal, amor sexual, etc. Por eso, San Juan, como se sabe, tuvo como subtexto de su poesía, especialmente en el *Cántico Espiritual*, una colección de poemas de amor profano de los más hermosos que ha creado el hombre: *El Cantar de los Cantares*. Así y todo, a los no iniciados sólo nos queda contemplar la excepcional belleza de su poesía y quedarnos anonadados y mudos ante el Misterio.

Es San Juan de la Cruz el primer caso, en esta antología, donde el místico y el poeta se unen; es decir, es en San Juan donde el Silencio y el Verbo se hacen uno. Lope, que amó intensamente tanto lo humano como lo divino, sabía, como los místicos, que ciertas experiencias son inefables y que en estos casos sólo el Silencio puede ser expresivo:

"La lengua del amor, a quien no sabe
lo que es amor, ¡qué bárbara parece!,
pues como por instantes enmudece,
tiene pausas de música suave."

Nadie mejor que San Juan habló en versos sublimes de ese silencio y de esa música:

"La música callada/la soledad sonora."

Es esa falta de luz, de la ausencia de lo Amado, lo que hace quejarse a Góngora con voz de "peregrino confundido en el desierto", gritando al vacío, para terminar renunciando y conformándose con un "hospedaje" que pagará con la vida. Lo efímero y lo mudable en el hombre reemplazado por la suprema belleza: la poesía.

Quevedo, en uno de los mejores sonetos en lengua castellana, no se resignará como Góngora. Todo su poema es un canto de voluntad para vencer al tiempo y a su inseparable

compañera: la muerte. Quevedo, poeta del fuego y del amor al alma, comparte con el místico el despego a las cosas de este mundo junto al deseo de vivir más allá de la muerte:

"polvo serán, mas polvo enamorado."

Anhelo de comunión a través del amor, ese dios pagano que encarceló el alma del poeta. Sufrimiento de amor por la muerte de la amada; y será su memoria, la llama perpetua, lo que vencerá a la "ley severa".

Para San Juan de la Cruz, la Noche es, además de "obscura", "dichosa", "guiadora" y "amable", la que une al Amado y la amada. Es decir, el contexto actuante que posibilita que el místico llegue al éxtasis en Dios, quien, al mismo tiempo, concede la Gracia. El alma del místico agraciado se deja guiar por la Noche hacia la unión con el Amado.

En el romance de Espronceda, una salutación intensamente poética a la noche, ésta deja de ser un medio, para transformarse en amparo. El poeta canta a la noche (noche serena, silenciosa y hasta triste) para que consuele los pesares de su pecho. La vorágine afectiva del hombre romántico necesita de los bálsamos amigos de la noche. Espronceda quiere la unión con lo amado, no lo logra e inspirándose en la simbología mística toma el motivo de la noche y, sin reproches, le suplica consuelo.

"Esparce tu cabello silenciosa/del beleño balsámico empapado" le pide a la noche el Duque de Rivas. Nos encontramos ante una invocación idéntica a la de Espronceda; pero, en esta ocasión, la formalización de la simbología ha cambiado. La noche, en el soneto del Duque de Rivas, está sabiamente personificada; no cabe duda que posee los atributos de una mujer: "amiga noche, madre del sueño regalado"; y lo que es típicamente romántico: "gozo a favor de tu tiniebla fría". Frente

a la enojosa luz solar, aparecen la amiga y la madre como primeros consuelos, y la muerte (tiniebla fría) como último recurso.

Y si en el romance de Espronceda la noche simboliza la amistad del triste, y en el soneto del Duque de Rivas la posible salvación a través de la muerte, en Bécquer significará la brevedad, la breve noche de verano en la que, no sabiendo cómo, "se unieron los crepúsculos y "fue". La tarde (amado) y la mañana (amada) intuyen la unión; y es durante la noche, como en San Juan, aunque naturalmente más humana, cuando ésta se produce. De la noche como paradigma de refugio hemos pasado al breve misterio silencioso en el que madura el deseo de fusión.

En conclusión: La Noche unificadora del místico se ha transmutado en refugio (Espronceda), en muerte amiga (Rivas) o en breve presencia misteriosa (Bécquer). La luz del romántico equivale al mundanal ruido luisiano; mas la noche es distinta: siendo camino hacia lo amado para el místico, es para el romántico alejamiento del dolor en autorrecreación melancólica:

"¡Oh, qué silencio! ¡Oh, qué grata/oscuridad y tristura!"

Es frecuente encontrar en la poesía modernista, especialmente en Rubén Darío, la utilización de un léxico erótico/espiritual ("hostia", "altar", "paloma") que hermana la liturgia religiosa con el goce sexual. El ser amado y, por consiguiente, deseado, se ha transformado en la "hostia" del poema; ella es el "pan divino" y al mismo tiempo es el cáliz donde el poeta nicaragüense beberá el sagrado vino. Hay en Rubén Darío un conflicto patente entre la carne y el espíritu entre el paganismo y el catolicismo, entre el vino y el pan, paralelo a la ausencia de una temática amoroso-sentimental. No hay deseo de unión sino de posesión. Nervo, "el místico del modernismo", al igual que Darío, se complace en la doble delectación entre lo sen-

sual y lo religioso, aunque en el poeta mexicano este último rasgo está mucho más acentuado, ya que su amor humano se espiritualiza. Es un amor lleno de esperanza, ansia y plenitud. Nervo, al contrario que Orfeo, no volverá su mirada hacia la mujer amada si oye el tan deseado "¡Ven!" que elevará su alma.

Esta llamada es, como la música de Salinas, el resorte que difundirá el alma del poeta en perfume de nardos. La alusión a la esencia del nardo relacionada con un penitente se da en el Evangelio de San Marcos: "Estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, recostado a la mesa, vino una mujer que traía un frasco de alabastro con perfume de puro nardo" (14: 3). San Juan también menciona el delicioso perfume y al mismo tiempo nos da el nombre de su dueña:

"Seis días antes de Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro (...) Le dieron cena allí. Marta servía la cena y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos" (12: 1-3).

Siendo María Magdalena ejemplo de penitentes y modelo de arrepentimiento, muy en particular de los pecados de la carne, la identificación es clara: Nervo es María Magdalena.

Hay en Manuel Machado un deseo de penetrar en los misterios de la vida, es el suyo un amor lleno de esperanzas y de tormentos sentimentales. El Amado en amada sanjuanista se muda en ser tu esclavo y tu dueño... Pero, ¿quién es el interlocutor de Manuel Machado? ¿Dios? ¿la Poesía? Para el poeta sevillano no hay diferencia, son equivalentes: el Misterio (título del poema) de Dios y el misterio poético se funden en uno; ambos son fruto de una iluminación inefable.

Contemplativa es la actitud que encontramos en Ricardo Freyre, en su símil con una "roca solitaria". El poeta espera

melancólico que la "peregrina paloma" se pose como "divina hostia" en su alma. Freyre comparte con Neruo, aunque de una forma más atenuada, el deseo de ser llamado por la paloma que enardece "los últimos amores", y con Manuel Machado la identificación entre la revelación poética y la revelación divina. Identificación que también encontramos en el soneto de Juan Ramón Jiménez. Aquí el poeta se dirige directamente a su alma y a su capacidad de percibir la esencia poética. La rosa juanramoniana, esa rosa que será "norma de las rosas", expresa el deseo del afán cósmico de su espíritu y anuncia el progreso y el futuro de una poesía desnuda donde se conjugarán tradición y modernidad. Para Juan Ramón Jiménez la poesía es un medio de salvación personal, un escape a la muerte con una ascendencia casi mística hacia el autodescubrimiento y el conocimiento de Dios en búsqueda poética. La intimidad del ser humano, reflejada en el proceso de interiorización que supone el nacimiento y en el deseo de comunión con lo Inefable (título del poema de Delmira Agustini), es el motivo que agrupa a los siete poemas seleccionados. Así, vemos en el poema de Delmira Agustini el canto atormentado de un sentimiento amoroso, "un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida", que la va matando de una forma extraña y silenciosa, "mudo como una herida". Ansiedad que hiere, pero que también es esperanza; aprisionada la poetisa en su propio dolor como consecuencia de no poder llegar a esclarecer lo que carcome su alma ("no me mata la vida, no me mata la muerte, no me mata el amor"). Un claro patetismo esencial recorre todo el poema. Esa ansia de Agustini adquiere forma y nombre -nombre de ausencia- en Gabriela Mistral: amor humano y tragedia.

Amor a un ser determinado, ser de carne y hueso que ha muerto, y la angustia que sigue a esa violenta separación por su muerte inesperada,

"malas manos tomaron su vida
malas manos entraron trágicamente en él."

Maravillosa la franqueza y libertad de la poetisa al implorar a Dios. Religiosidad que se hace humana al relacionarse con el misterio de la muerte:

"¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!"

Gabriela Mistral gustó de la unión con el amado ("en gozo florecía"). Por eso, su soneto es una exclamación, un grito de dolor por la ausencia del ser querido; es la búsqueda del amor. Tal es su tema. La salvación de no ser quemada por una pasión más humana que divina, más carnal que espiritual es la súplica de la poetisa:

"Mira que estoy de pie sobre los leños"

y poco es lo que se necesita

"para encender la llama que me pierde".

Reclamo al amor, con minúsculas, para que la salve del incontenible Deseo: Sálvame, amor. Sin la angustia arrebatada de Agustini, ni la universalidad de Mistral, no deja Storni de sorprendernos en su entusiasmo franco y sin tapujos.

Juana de Ibarborou comparte con Storni la misma alegre actitud existencial; sus posiciones ante el amor y la vida son vitales y optimistas:

"Tómame ahora/ahora que tengo la carne olorosa."

Y si hay algo de melancolía en sus poemas, está presente en el fantasma de la vejez y en el pensamiento de que la muerte puede anular ese entusiasmo:

"Oh, amante ¿no ves que la enredadera crecerá ciprés?"

Confesiones, ambas, ardorosas, sencillas y sinceras, de una sensualidad pura y natural, un canto al presente: "hoy, y no más tarde/hoy, y no mañana".

El mismo proceso de interiorización lo encontramos en Emilio Prados, pero en este caso no es una declaración erótica sino una búsqueda del momento lírico en similar camino que el del místico ("cerré mi puerta al mundo"), hasta sentir cómo la luz poética lo invade ("me iluminé por dentro"), transformando poeta y poema en una sola realidad ("como ángel de vidrio/en un espejo"). León Felipe, caminante consciente de haberse equivocado en la búsqueda de Dios, dejará una puerta abierta a la esperanza; ilusión que en el poema de Dulce María Loynaz se convierte en silencio y ensueño simbolizados por el agua:

"¿Qué mano fantasma arranca/gotas de música en el aire?"

Siete poemas, siete poetas creyentes de que la totalidad del Universo es el único Dios. Ya en dolor o esperanza, ya en búsqueda atormentada o en actitud rebelde, nos han desnudado su alma en versos.

El anhelo de unirse a lo amado: ésta es la idea predominante en los siete poemas vanguardistas. Y aunque es obvio que en ninguno de ellos se puede identificar lo amado con Dios, no por ello deja de haber un significativo paralelismo entre estos poemas y la concretización formal de la experiencia mística.

Al igual que en el proceso que lleva al místico a tener su "casa sosegada", en el poema de Pedro Salinas también se quieren vencer los obstáculos que aparecen en el camino que conduce a lo amado. Hasta que el poeta llegue al "Yo te quiero, soy yo", es decir, a la declaración de amor que hará posible la unión, antes tendrá que negar: "Para vivir no quiero/islas, palacios, torres", luego ordenar: "Quítate ya los trajes", y, finalmente, manifestar su voluntad de autopurgación: "Enterraré los nombres,/ los rótulos, la historia".

En el caso de Vicente Aleixandre, las barreras aparecen sabiamente condensadas en el penúltimo verso:

"Luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza".

A lo largo de todo el poema, la sombra de la muerte golpea al amor apasionado que siente el poeta hacia Ella, y, lo que es más, amenaza con destruir la unidad instintivamente armoniosa y explicativa que adquiere el mundo cuando el poeta desea vivirlo en las entrañas de la amada. En todo el poema, la luz está ensombrecida por lo inevitable, por lo que rompe la unidad, por la muerte. Y es ante este muro, que parece insalvable, donde el poeta, lejos de afligirse, declara (en su último verso y de forma parecida a la del místico) su seguridad en el triunfo:

"Pero nunca podrá destruir la unidad de este mundo".

El haber contemplado la unidad en el rostro de Ella (la unidad del místico con Dios) ha sido suficiente para poder superar la muerte. Parece claro, pues, que ambos (el místico y el poeta) han utilizado la misma arma para vencer la guadaña de la muerte.

Y si en los poemas de Pedro Salinas y Vicente Aleixandre los paralelismos con el proceso místico son, como se ha querido demostrar, al menos visibles, mucho más numerosos lo son en la primera estrofa del de Luis Cernuda. Con el primer verso –“Tras el dolor, la angustia, el miedo”– se nos comunica que existió un tiempo pasado sin sosiego, en el cual el poeta se ha sentido inmerso en la desazón caótica del mundanal ruido. Buscando una solución, Cernuda también ha seguido un proceso parecido al místico. Primero se ha dejado guiar por la noche “como un niño al umbral de estancia oscura”, después ha sentido “el ceder de la conciencia” (vía contemplativa), hasta que “recobrada, la luz nueva” entra en el éxtasis (vía unitiva). Éxtasis que, por lo que respecta a Luis Cernuda, sólo consiste en el deseo de recobrar la juventud perdida y, con ella, la ilusión: “su juventud intacta/de nuevo, esperando, creyendo, amando”.

En la misma línea, aunque sin el componente del éxtasis, puede situarse el poema de Nicolás Guillén. El alma del poeta “vuela y vuela” buscando la rosa melancólica que, aquí, simboliza con plenitud lo amado, la juventud perdida de Cernuda. Otra vez el deseo de volver a lo unitivo y otra vez la noche y el silencio:

“y en la noche cargada/de ardoroso silencio”.

Palabras que también se repetirán en los poemas de Huidobro:

“Solo como la pluma que se cae de un pájaro en la noche”

y de Vallejo:

“Amada, en esta noche tú te has crucificado”.

Para llegar al convencimiento de que la unidad del mundo triunfará sobre la muerte, los siete poetas han recorrido un camino muy semejante al de los poetas místicos. Si por Voluntad Divina, por Gracia, el místico ha sido el elegido para sentir el éxtasis en Dios; el poeta lo ha sido por la Poesía para expresar, en este caso, los misterios de la pasión amorosa. En el recipiente ovalado, circular y cíclico donde se encuentra el Santísimo Sacramento —el Cristo sacramentado en la hostia— también está, según el poema de Octavio Paz, la Poesía: "descubrimiento de la otredad" (*El arco y la lira*, p. 261). Poesía que se realiza en el poema lírico a través de la mujer, y que aspira a Ser "sin nombres". A Ser silencio poético, religioso y amoroso en la unión de los elementos contrarios, especialmente el masculino y el femenino.

Así lo ha querido el misterio de la predestinación: Dios ha señalado al místico y la Poesía al poeta, y, después de haber experimentado la unión con lo amado, la perspectiva de ambos es significativamente parecida. Si San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Avila exclamaban:

"que muero porque no muero",

Aleixandre dirá:

"Quiero amor o la muerte".

Pero no sólo Aleixandre, sino también Cernuda:

"La muerte así, en un presente inmóvil",

Vallejo:

"Amada moriremos los dos juntos, muy juntos",

Nicolás Guillén:

"Cierro entonces los ojos,/pero siempre te veo"

y Huidobro:

"Heme aquí en una torre de frío
abrigado del recuerdo de tus labios marítimos".

Los cinco poetas han gozado de la mística apasionada del amor y, a partir de ese momento, todo el significado de la vida y de la muerte habrá cambiado.

Aunque en la relación que mantiene el místico con Dios sería erróneo hablar de géneros, así como lo es en la identificación del proceso místico con el proceso amoroso, en la plasmación poética de ambos no lo es. Pues, como en muchos poemas de los líricos, los místicos marcan la distinción de géneros en su simbología. El Alma es lo femenino (La Esposa, por ejemplo, en el *Cántico espiritual*) y el Amado es lo masculino (El Esposo del poema de San Juan de la Cruz). Por lo que respecta a las tres vías y su paralelismo con el proceso amoroso poético, la purgativa equivaldría a la liberación de la que parte el poeta para encontrar el "flechazo" (la vía iluminativa del místico) que propiciaría la unión con lo deseado.

Analicemos, en primer lugar, el asunto de los géneros. Al realizar un estudio comparativo entre los poemas místicos y los poemas posvanguardistas antologados, la primera conclusión a la que se llega es que frente a la clara explicitación genérica de los poemas místicos existe un encubrimiento (consciente o inconsciente) en la mayoría de los poemas posvanguardistas. Sólo Gonzalo Rojas:

"Yo soy un hombre. Tú eres una mujer",

y Cintio Vitier:

"La Vía Láctea reposa en el pecho unido
del hombre y la mujer",

señalan abiertamente los dos géneros. En los restantes poemas no se menciona la distinción de géneros. Simplemente existe "lo que ama" y "lo amado", y ésta es, a nuestro entender, la variación más profunda de estos poemas respecto a los antologados anteriormente. Sin pretender generalizar, sí que nos atrevemos a decir que, en la poesía más reciente, los morfemas genéricos se diluyen con gran facilidad, como si en el mundo contemporáneo la plasmación del misterio amoroso quisiera liberarse de la polarización masculino-femenino para interesarse en el hecho general del fenómeno amoroso.

En cuanto al paralelismo entre vía mística-proceso amoroso, señalemos que la culminación de la vía purgativa ("la casa sosegada" de San Juan), por herencia barroca y sobre todo romántica, en los poemas posvanguardistas, al contrario de la poética mística, no aparece el sosiego en la culminación amorosa: "desamparo del hombre" escribe, por ejemplo, Gonzalo Rojas. Tras la lectura de los restantes poemas, la conclusión es la misma: en la purga no se logra la superación de las malas experiencias pasadas ni se supera el escepticismo hacia lo venidero.

La vía iluminativa ("El flechazo" lírico) que, adueñándose de todo su ser, conduce al místico hacia Dios y al poeta hacia "lo amado", es en Gonzalo Rojas ansias de posesión:

"Para mí, para nadie/más que para mis besos",

en César Moro es la recreación en la lentitud, el deseo de que nunca se acabe ("el amor se hace lento"), en Vitier es "adoración" y "hambre", en Liscano es "silencio", en Sologuren el "Yo

escribía contigo, contigo y en silencio", en Claudio Rodríguez la contemplación, en Biedma "la impaciencia del buscador de orgasmo y también el dulce amor" y, finalmente, en Valente ausencia: "la falta de amor".

En definitiva: las ansias que dominan y conducen al místico hacia Dios se han transformado, en la poética posvanguardista, en deseo de posesión, de permanencia, de compartido silencio contemplativo y en búsqueda de la culminación del acto sexual o en miedo a la ausencia. Estas son las primeras consecuencias del "flechazo" inexplicado, que bien pudieran condensarse en una frase: la génesis del deseo, su posible concretización y las consecuencias de la misma. O dicho de otra forma: los inasibles fenómenos amorosos (divinos o humanos) siempre son misteriosos cuando "la poesía/es nuestra sangre" (Gonzalo Rojas). Misterios que "como dijo el poeta, son del alma,/pero un cuerpo es el libro en que se leen" (Gil de Biedma).

En conclusión: ¿Qué quiere poseer el poeta? ¿Qué luz y guía desea el místico? Para el místico contestar a esta pregunta resulta más fácil, ya que no depende sólo de él. Para los demás poetas de la antología la respuesta es más ardua. En primer lugar, es una necesidad de otredad en la consecución plena de "lo amado"; pues es ahí donde ellos ven la participación con lo absoluto: la Poesía. No hay duda de que el origen y fin del Amor es lo amado; pero no necesariamente la posesión de lo amado, ya que en muchos ocasiones el ser amado es sólo un mediador entre el poeta y lo divino, entre lo perecedero y lo eterno. Como dice G. Bataille: "También es verdad que la poesía que pervive es siempre contraria a la poesía, ya que siendo su fin lo perecedero, lo transmuta en eterno".¹⁰

10. Bataille, Georges. *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus, 1981, p. 45.

El acto poético lleva inherente la necesidad de plasmar una insatisfacción, y, como primer movimiento, un desprenderse del mundo, un arrojarse al vacío, trascendiendo el lenguaje y, al mismo tiempo, liberándolo. Al respecto señala Maurice Blanchot:

"[la actividad poética] realiza, en palabras, el sacrificio de lo que las hace utilizables, convirtiendo a las cosas y a sí misma en holocausto de lo que sirve. En este sentido, su existencia adquiere un valor espiritual: se vuelve hacia lo desconocido, arruina lo que conoce, destruye la realidad que le afirma (...) El poeta tiende a sacrificar lo que en ese yo es limitado, goce sin riesgo hacia una existencia en que la palabra PERSONAL no tiene sentido. 'Yo es otro', dice Rimbaud".¹¹

Sacrificio que implica la muerte de la víctima y la participación de los asistentes (lectores) en un ritual sagrado.

El poeta asume las consecuencias de la fragmentación, o, dicho de otra forma, se entrega a lo fragmentario con la esperanza y el sufrimiento de un descubridor. Poesía que no comienza (o donde la palabra "comenzar" adquiere una nueva significación), porque en realidad continúa en otra cosa, se inscribe en otro escrito que tampoco comienza y que no termina. Un pulso que seguirá su latido transformado en otra cosa y, aún más correcto sería decir, que se suspende en el Silencio. De ahí el carácter erótico de muchos de los poemas seleccionados. Un erotismo que surge de la dialéctica entre lo eterno (Dios, lo amado, el ser) y lo discontinuo (el místico, el poeta, el sujeto), experimentando un deseo de continuidad que no puede ser sino deseo de muerte. El hombre como ser separa-

11. Blanchot, Maurice. *Falsos pasos*. Valencia: Pre-Textos, 1977, p. 146.

do, fragmentado, anhela y teme la continuidad, a la que se acercará a través del temor iniciado para llegar al deseado tiempo sagrado (el místico) o al de la transgresión (el poeta). Así, el Amor consistirá en la búsqueda de la unidad (mística) mediante un proceso amoroso (ascética), que es también la búsqueda de un imposible. Se trata de unirse al ser amado, que es la única salida posible para escapar de la angustiante soledad del ser humano, y la sola idea de perderlo conlleva el fantasma de la muerte como una realidad imperiosa: el objeto amado es la imaginaria unidad buscada, y su ausencia marca la discontinuidad inseparable, la evidencia del ser solo, que a su vez, en retorno, agudiza hasta el límite el deseo de muerte: "El muero porque no muero". Sin ser amado, la vida no vale la pena ser vivida y la muerte se transforma en lo amado, en el deseo que a través de la pasión amorosa surge como deseo de vida, pero que en realidad es voluntad de sacrificio con la muerte, con la "muerte que das vida" del místico, o con la "muerte liberadora" del dolor del poeta.

El amado lleva en sí a la muerte como una etapa purgativa, la unión sexual es un sacramento y un vehículo de iluminación, siendo el Amor lo que junta poesía y mujer. De esta manera la poesía nos lleva a la eternidad, a la muerte y, por la muerte, a la continuidad. Así, la noche (muerte metafórica), el fuego (el tema del sacrificio), la llama (luz reveladora), la rosa (símbolo poético), han sido elementos constantes en los poetas antologados.

Pero sean cuales fueren las diferentes circunstancias de la búsqueda en el místico o en el poeta, la meta es, en su plasmación artística, la misma: el proceso que lleva hacia la unión con lo amado, la explicación de esta unión o la angustiada ausencia de la misma.

Muestra de poesía mística*

I. Edad Media - Siglo de Oro

JARCHA / Anónimo

¡Decidme, ay, hermanillas,
cómo contener mi dolor!
Sin mi amigo no viviré,
volaré a buscarlo.

-
- Las antologías nunca pueden satisfacer a todos los lectores, entre otras razones porque son unilaterales, ya que reflejan las preferencias de quien las hace. Sabemos que faltan autores y que de los autores escogidos no siempre hemos seleccionado el poema más «apropiado», y que la división por movimientos es tan vaga como inútil. Conscientes de estas y otras limitaciones, sólo aspiramos a compartir con el lector el goce que hemos sentido al leer a los poetas antologados. Los comentarios a los poemas carecen de toda pretensión, únicamente son una pequeña guía para el lector amante de la poesía. La selección pertenece a Jorge Aladro y Alvaro Romero.

CANCION (Cancionero de Baena) / Jorge Manrique

Quien no estuviere en presencia
No tenga fe en confianza
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

Quien quisiere ser amado
Trabaje por ser presente,
Que quan presto fuese ausente,
Tan presto será olvidado.

Y pierda toda esperanza
Quien no estuviere en presencia
Pues son olvido y mudanza
Las condiciones de ausencia.

SONETO X / Garcilaso de la Vega

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres quando Dios quería,
juntas estáys en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas!

¿Quién me dixera, quando las passadas
oras que'n tanto bien por vos me vía
que me aviades de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en una ora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llévame junto el mal que me dexastes;
si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes porque desseastes
verme morir entre memorias tristes.

SONETO XXXVIII / *Fernando de Herrera*

Serena Luz, en quien presente espira
divino amor, qu'enciende i junto enferma
el noble pecho qu'en mortal cadena
al alto Olimpo levantars'aspira;

ricos cercos dorados, do se mira
tesoro celestial d'eterna vena;
armonía d'angélica sirena
qu'entre las perlas i el coral respira:

¿Cuál nueva maravilla, cuál exemplo
de la inmortal grandeza nos descubre
aquessa sombra del hermoso velo?

Que yo en essa belleza que contemplo,
aunqu'a mi flaca vista ofende i cubre,
la inmensa busco i voi siguiendo al cielo.

ODA A FRANCISCO DE SALINAS / *Fray Luís de León*

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música estremada,
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y, como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera
y oye allí otro modo
de no percedera
música, que es la fuente y la primera.

Y, como está compuesta
de números concordés, luego envía
consonante respuesta;
y entre ambos porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
por un mar de dulzura y finalmente
en él así se anega,
que ningún accidente
estraño y peregrino oye y siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!
¡durase en tu reposo
sin ser restituido
jamás a queste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,
gloria del apolíneo sacro coro,
amigos (a quien amo
sobre todo tesoro),
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh, suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos!

NOCHE OSCURA / San Juan de la Cruz

En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras, y segura,
por la secreta escalada disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras, y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste,
oh noche amable más que el alborada;
oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme, y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

SONETO XX (Rimas Sacras) / Lope de Vega

La lengua del amor, a quien no sabe
lo que es amor, ¡qué bárbara parece!
pues como por instantes enmudece,
tiene pausas de música suave.

Tal vez suspensa, tal aguda y grave,
rotos conceptos al amante ofrece;
aguarda los compases que padece,
porque la causa de su destreza alabe.

¡Oh dulcísimo bien, que al bien me guía!,
¿con qué lengua os diré mi sentimiento,
ya que tengo de hablaros la osadía?

Mas si es de conceptos instrumento,
¿qué importa que calléis, oh lengua mía,
pues que vos penetráis mi pensamiento?

SONETO CIII / Luis de Góngora

Descaminado, enfermo, peregrino
en tenebrosa noche, con pie incierto
la confusión pisando el desierto,
voces en vano dio, pasos sin tino.

Repetido latir, si no vecino,
distinto oyó de can siempre despierto,
y en pastoral albergue mal cubierto
piedad halló, si no halló camino.

Salió el sol, y entre armiños escondida,
soñolienta beldad con dulce saña
salteó al no bien sano pasajero.

Pagará el hospedaje con la vida;
más le valiera errar en la montaña,
que morir de la suerte que yo muero.

*AMOR CONSTANTE MAS ALLA
DE LA MUERTE / Francisco Quevedo*

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotraparte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a la ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

II. Romanticismo

A LA NOCHE (Romance) / José de Espronceda

Salve, o tú, noche serena,
que al mundo velas augusta,
los pesares de un triste
con tu oscuridad endulzas.
El arroyuelo a lo lejos
más acallado murmura,
y entre las ramas el aura
eco armonioso susurra.

Se cubra el monte de sombras
que las praderas anublan,
y las estrellas apenas
con trémula luz alumbran.
Melancólico ruido
del mar las olas murmuran,
y fatuos, rápidos fuegos
entre sus aguas fluctúan.
El majestuoso río
sus claras ondas enluta,
y los colores del campo
se ven en sombra confusa.
Al aprisco sus ovejas
lleva el pastor con presura,
y el labrador impaciente
los pesados bueyes punza.
En sus hogares le esperan
su esposa y prole robusta;
parca cena, preparada
sin sobresalto ni angustia.
Todo suave reposo
en tu calma, ¡oh noche!, buscan,
y aun las lágrimas tus sueños
al desventurado enjugan.
¡Oh, qué silencio! ¡Oh, qué grata
oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
en sí recogida gusta!
Del mustio agorero búho
el ronco graznar se escucha,
que el magnífico reposo
interrumpe de las tumbas.
Allá en la elevada torre
lánguida lámpara alumbra,
y en derredor negras sombras,
agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
muestra naciente la luna
y las cimas del otero
de cándida luz inunda.
Con majestad se adelanta
y las estrellas se ofuscan,
y el azul del alto cielo
reverbera en lumbre pura.
Deslízase manso el río,
y su luz trémula ondula
en sus aguas retratada,
que terso espejo relumbran.
Al blando batir del remo,
dulces cantares se escuchan
del pescador, y su barco
al plácido rayo cruza.
El ruiseñor a su esposa
con vario cántico arrulla,
y en la calma de los bosques
dice él solo sus ternuras.
Tal vez de algún caserío
se ve subir, en confusas
ondas, el humo, y por ellas
entreclarear la luna.
Por el espeso ramaje
penetrar sus rayos dudan,
y las hojas que los quiebran,
hacen que tímidos luzcan.
Ora la brisa suave
entre las flores susurra,
y de sus gratos aromas,
el ancho campo perfuma.
Ora acaso en la montaña,
eco sonoro modula
algún lánguido sonido,
que otro a imitar se apresura.

Silencio, plácida calma,
a algún murmullo se juntan
tal vez, haciendo más grata
la faz de la noche augusta.
¡Oh! salve, amiga del triste,
con blando bálsamo endulza
los pesares de mi pecho,
que en ti su consuelo buscan.

SONETO / Duque de Rivas

¡Oh amiga noche! ¡Oh noche deliciosa!
Dulce madre del sueño regalado:
tu manto de diamantes tachonado
descoge por el aura vagorosa.

Esparce tu cabello silenciosa
del beleño balsámico empapado,
y descienda Titán al mar sagrado,
que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
el que la vida de los vientos fía,
o el que sigue de Marte el torvo ceño,

que a mí no puede serme grato el día,
pues sólo de las gracias de mi dueño
gozo a favor de tu tiniebla fría.

RIMA XXXII (Rimas) / Bécquer

Pasaba arrolladora en su hermosura
y el paso le dejé,
ni aun a mirarla me volví, y no obstante
algo a mi oído susurró "esa es".

¿Quién reunió la tarde a la mañana?
Lo ignoro: sólo sé
que en una breve noche de verano
se unieron los crepúsculos y "fue".

III. Modernismo

ITE, MISSA EST (Prosas Profanas) / Rubén Darío

Yo adoro a una sonámbula con alma de Eloísa
Virgen como la nieve y honda como la mar;
Su espíritu es la hostia de mi amorosa misa
Y alzo al son de una dulce lira crepuscular.

Ojos de evocadora, gesto de profetisa,
En ella hay la sagrada frecuencia del altar;
Su risa es la sonrisa suave de Monna Lisa,
Sus labios son los únicos labios para besar.

Y he de besarla un día con rojo beso ardiente;
Apoyada en mi brazo como convaleciente
Me mirará asombrada con íntimo pavor;

La enamorada esfinge quedará estupefacta,
Apagaré la llama de la vestal intacta
¡Y la faunesa antigua me rugirá de amor!

SI TU ME DICES ¡VEN! (Elevación) / Amado Nervo

Si tú me dices: ¡Ven!, lo dejo todo...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...

Pero dímelo fuerte, de tal modo
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta en el más íntimo recodo
del ser, levante el alma su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Si tú me dices: ¡Ven!, todo lo dejo.
Llegaré a tu santuario casi viejo,
y al fulgor de la luz crepuscular;
mas he de compensarte mi retardo,
difundiéndome, ¡oh Cristo!, ¡como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar!

MISTERIO (Poesía, Opera Omnia Lyrica) / Manuel Machado

En sueños te conocí
y, del amor peregrino,
he adivinado el camino
para llegar hasta ti.
Tras de aquel sueño corrí
con el dulce y loco empeño
de ser tu esclavo y tu dueño...
Pero aun tú no me contaste
por qué camino llegaste
a penetrar en mi sueño.

SIEMPRE (Castalia bárbara) Ricardo Jaimes Freyre

Peregrina paloma imaginaria
que enardeces los últimos amores;
alma de luz, de música y de flores,
peregrina paloma imaginaria.

Vuela sobre la roca solitaria
que baña el mar glacial de los dolores;
haya, a tu paso, un haz de resplandores
sobre la adusta roca solitaria.

Vuela sobre la roca solitaria,
peregrina paloma, ala de nieve
como divina hostia, ala tan leve

como un copo de nieve; ala divina,
copo de nieve, lirio, hostia, neblina,
peregrina paloma imaginaria.

A MI ALMA (Sonetos Espirituales) / Juan Ramón Jiménez

Siempre tienes la rama preparada
para la rosa justa; andas alerta
siempre, el oído cálido en la puerta
de tu cuerpo, a la flecha inesperada.

Una onda no pasa nada,
que no se lleve tu sombra abierta
la luz mejor. De noche, estás despierta
en tu estrella, a la vida desvelada.

Signo indeleble pones en las cosas.
Luego, tornada gloria en las cumbres,
revivirás en todo lo que sellas.

Tu rosa será norma de las rosas,
tu oír de la armonía, de las lumbres
tu pensar, tu velar de las estrellas.

IV. Posmodernismo

LO INEFABLE (Cantos de la mañana) / Delmira Agustini

Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,
no me mata la Muerte, no me mata el Amor;
muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida
devorando alma y carne, y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrasaba enteros y no daba un fulgor?...

¡Cumbre de los Martirios!... ¡Llevar eternamente,
desgarradora y árida, la trágica simiente
clavada en las entrañas como un diente feroz!

Pero arrancarla un día en una flor que abriera
milagrosa, inviolable... ¡Ah, más grande no fuera
tener entre las manos la cabeza de Dios!

LOS SONETOS DE LA MUERTE (Desolación) / Gabriela Mistral

Malas manos tomaron tu vida, desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: "Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor."

Se detuvo la barca de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

EL DIVINO AMOR (Momentos amargos, momentos selváticos, momentos tempestuosos) / Alfonsina Storni

Te ando buscando, amor que nunca llegas,
Te ando buscando, amor que te mezquinas,
Me aguzo por saber si me adivinas,
Me doblo por saber si te me entregas.

Las tempestades mías, andariegas,
Se han aquietado sobre un haz de espinas;
Sangran mis carnes gotas purpurinas
Porque a salvarte, oh niño, te me niegas.

Mira que estoy de pie sobre los leños,
Que a veces bastan unos pocos sueños
Para encender la llama que me pierde.

Sálvame, amor, y con tus manos puras
Trueca este fuego en limpias dulzuras
y has de mis leños una rama verde.

LA HORA (*Las lenguas de diamante*) / Juana de Ibarbourou

Tómame ahora que aún es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa,
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que en mis labios repica la risa
como una campana sacudida aprisa.

Después..., ¡ah, yo sé
que nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo,
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?

MEMORIA DEL OLVIDO II (Cuerpo perseguido) / Emilio Prados

Cerré mi puerta al mundo;
se me perdió la carne por el sueño...
Me quedé, interno, mágico, invisible,
desnudo como un ciego.

Lleno hasta el mismo borde de los ojos,
me iluminé por dentro.

Trémulo, transparente,
me quedé sobre el viento,
igual que un vaso limpio
de agua pura,
como un ángel de vidrio
en un espejo.

I, (Versos y oraciones del caminante) / León Felipe

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este camino
que yo voy.

Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

ARPA (Juegos de agua) / Dulce María Loynaz

¿Quién toca el arpa de la lluvia?
Mi corazón mojado se detiene a escuchar
la música del agua.

El corazón se ha puesto
a escuchar sobre el cáliz de una rosa.

¿Qué dedos pasan por las cuerdas
trémulas de la lluvia?

¿Qué mano de fantasma arranca
gotas de música en el aire?

El corazón, suspenso, escucha;
La rosa lentamente se dobla bajo el agua...

V. Vanguardismo

LA VOZ A TI DEBIDA (fragmento) / Pedro Salinas

Para vivir no quiero
islas, palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!

Quítate ya los trajes,
las señas, los retratos;
yo no te quiero así,
disfrazada de otra,
hija siempre de algo.
Te quiero pura, libre,
irreductible: tú.

Sé que cuando te llame
entre todas las gentes
del mundo,
sólo tú serás tú.
Y cuando me preguntes
quién es el que te llama,
el que te quiere suya,
enterraré los nombres,
los rótulos, la historia.
Iré rompiendo todo
lo que encima me echaron
desde antes de nacer.

Y vuelto ya al anónimo
eterno del desnudo,
de la piedra, del mundo,
te diré:
"Yo te quiero, soy yo."

*UNIDAD EN ELLA (Poemas paradisiacos) / Vicente
Aleixandre*

Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,
rostro amado donde contemplo el mundo,
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,
volando a la región donde nada se olvida.

Tu forma externa, diamante o rubí duro,
brillo de un sol que entre mis manos deslumbra,
cráter que me convoca con su música íntima,
con esa indescifrable llamada de tus dientes.

Muero porque me arrojó, porque quiero morir,
porque quiero vivir en el fuego, porque este aire
de fuera
no es mío, sino el caliente aliento
que si me acerco quema y dora mis labios desde
un fondo.

Deja, deja que mire, teñido de amor,
enrojecido tu rostro por tu purpúrea vida,
deja que mire el hondo clamor de tus entrañas
donde muero y renuncio a vivir para siempre.

Quiero amor o la muerte, quiero morir del todo,
quiero ser tú, tu sangre, esa lava rugiente
que regando encerrada bellos miembros externos
siente así los hermosos límites de la vida.

Este beso en tus labios como una lenta espina,
como un mar que voló hecho un espejo,
como el brillo de un ala,
es todavía unas manos, un repasar de tu crujiente pelo,
un crepitar de luz vengadora,
luz o espada mortal que sobre mi cuello amenaza,
pero que nunca podrá destruir la unidad de este mundo.

EL EXTASIS (La realidad y el deseo) / Luis Cernuda

Tras el dolor, la angustia, el miedo,
Como un niño al umbral de estancia oscura,
Será el ceder de la conciencia;

Mas luego recobrada, la luz nueva
Veré, y tú en ella erguido.
Sonreirán los pájaros,
Desconocido y conocido, con encanto
De una rosa que es ella y recuerdo de otra rosa,
Trayendo tu presencia el mundo nuevo
Hasta mí, con el poder de un dios. Entonces

Miraré ese que yo sea,
Para hallarle a la imagen de aquel mozo
A quien dijera adiós en tiempos
Idos, su juventud intacta
De nuevo, esperando, creyendo, amando.

La hermosura que el haber vivido
Pudo ser, unirá al alma
La muerte así, en un presente inmóvil,
Como el fauno en su mármol extasiado
Es uno con la música.

E iremos por el prado a las aguas, donde olvido,
Sin gesto el gozo, muda la palabra,
Vendrá desde tu labio hasta mi labio,
Fundirá en una sombra nuestras sombras.

ROSA TÚ, MELANCOLICA (Sóngoro Cosongo, poemas de amor) / Nicolás Guillén

El alma vuela y vuela
buscándote a lo lejos,
Rosa tú, melancólica
rosa de mi recuerdo.
Cuando la madrugada
va el campo humedeciendo
y el día es como un niño
que despierta en el cielo,
Rosa tú, melancólica
ojos de sombra llenos,
desde mi estrecha sábana
toco tu firme cuerpo.
Cuando ya el alto sol
ardió con su alto fuego,
cuando la tarde cae
del ocaso deshecho,
yo en mi lejana mesa
tu oscuro pan contemplo.
Y en la noche cargada
de ardoroso silencio,
Rosa tú, melancólica
rosa de mi recuerdo,
dorada, viva y húmeda,
bajando vas del techo,
tomas mi mano fría
y te me quedas viendo.
Cierro entonces los ojos,
pero siempre te veo
clavada allí, clavando
tu mirada en mi pecho
larga mirada fija,
como un puñal de sueño.

CANTO II (fragmento de Altazor) / Vicente Huidobro

Mujer el mundo está amueblado por tus ojos
Se hace más alto en tu presencia
La tierra se prolonga de rosa en rosa
Y el aire se prolonga de paloma en paloma
Al irte dejas una estrella en tu sitio
Dejas caer tus luces como el barco que pasa
Mientras te sigue mi canto embrujado
Como una serpiente fiel y melancólica
Y tú vuelves la cabeza detrás de algún astro

¿Qué combate se libra en el espacio?
Esas lanzas de luz entre planetas

Reflejos de armaduras despiadadas
¿Qué estrella sanguinaria no quiere ceder el paso?
En dónde estás triste noctámbula
Dadora de infinito
Que pasea en el bosque de los sueños

Heme aquí perdido entre mares desiertos
Solo como la pluma que se cae de un pájaro en la noche
Heme aquí en una torre de frío
Abrigado del recuerdo de tus labios marítimos
Del recuerdo de tus complacencias y de tu cabellera
Luminosa y desatada como los ríos de la montaña
¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos?
Te pregunto otra vez

El arco de tus cejas tendido para las armas de los ojos
En la ofensiva alada vencedora segura con orgullos de flor
Te hablan por mí las piedras aporreadas
Te hablan por mí las olas de pájaros sin cielo
Te hablan por mí el color de los paisajes sin viento
Te habla por mí el rebaño de ovejas taciturnas

Dormido en tu memoria
Te habla por mí el arroyo descubierto
La yerba sobreviviente atada a la ventura
Aventura de luz y sangre de horizonte
Sin más abrigo que una flor que se apaga
Si hay un poco de viento.

EL POETA A SU AMADA (De la tierra) / César Vallejo

Amada, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos:
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura:
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

CUSTODIA (Ladera este) / Octavio Paz

El nombre
Sus sombras
El hombre La hembra
El mazo El gong
La i La o
La torre El gong
El índice a hora
El hueso a rosa
El rocío La huesa
El venero La llama
El tizón La noche
El río La ciudad
La quilla El ancla
El hembro La hombra
El hombre
Su cuerpo de nombres
Tu nombre en mi nombre. En tu nombre mi nombre
Uno frente al otro uno contra el otro uno en torno al otro
El uno en el otro
Sin nombres

VI. Posvanguardismo

EL AMOR (Antología poética) / Gonzalo Rojas

Mujer: crecemos, nos desesperamos creciendo,
oscuros, sin infancia, cada vez más oscuros,
hacia el único origen inminente
donde renaceremos, donde tú renacerás para mí solo.

Para mí, para nadie
más que para mis besos, para mis treinta bocas,
para mi torbellino donde aprendiste un día
a caer velozmente como una estrella errante:
mujer, estrella mía, velozmente.

No me obstino en tocarte por sólo enardecerte.
Tengo experiencia: te amo.
Tengo violencia: te amo todavía más hondo,
todavía más lejos que todos los delirios
y, como ellos, te cobro posesión implacable.

Oh flor única: nadie
vio en tu naturaleza la libertad del día
como yo vi. Ninguno
te supo descifrar, apacible corola,
maternidad profunda.

Madre del hombre, madre de los sueños del hombre,
poseída, preñada por el furor del hombre,
por la inocencia, por el desamparo
del hombre.

Mujer, el tiempo pasa. Yo soy un hombre. Tú
eres una mujer. La poesía
es nuestra sangre. Todo
lo que puede decirse de nosotros es eso,
y algo más que inútil
repetirlo.

AMO EL AMOR... (Antología poética) / César Moro

El agua lenta los caminos lentos los accidentes lentos
Una caída suspendida en el aire el viento lento
El paso lento del tiempo lento
La noche no termina y el amor se hace lento
Las piernas se cruzan y se anudan lentas para echar raíces
La cabeza cae los brazos se levantan
El cielo de la cama la sombra cae lenta
Tu cuerpo moreno como una catarata cae lento
En el abismo

Giramos lentamente por el aire caliente del cuarto caldeado
Las mariposas nocturnas parecen grandes carneros
Ahora sería fácil destrozarnos lentamente arrancarnos
los miembros beber la sangre lentamente
Tu cabeza gira tus piernas me envuelven
Tus axilas brillan en la noche con todos sus pelos
Tus piernas desnudas
En el ángulo preciso
El olor de tus piernas
La lentitud de percepción
El alcohol lentamente me levanta
El alcohol que brota de tus ojos y que más tarde
Hará crecer tu sombra
Mesándome el cabello lentamente subo
Hasta tus labios de bestia.

*NO ES NADA DE TU CUERPO (Nuevo recuento de poemas) /
Jaime Sabines*

No es nada de tu cuerpo,
ni tu piel, ni tus ojos, ni tu vientre,
ni ese lugar secreto que los dos conocemos,
fosa de nuestra muerte, final de nuestro entierro.

No es tu boca -tu boca
que es igual que tu sexo-,
ni la reunión exacta de tus pechos,
ni tu espalda dulcísima y suave,
ni tu ombligo, en que bebo.
Ni son tus muslos duros como el día,
ni tus rodillas de marfil al fuego,
ni tus pies diminutos y sangrantes,
ni tu olor, ni tu pelo.

No es tu mirada -¿qué es una mirada?-
Triste luz descarriada, paz sin dueño,
ni el álbum de tu oído, ni tus voces,
ni las ojeras que te deja el sueño.
Ni es tu lengua de víbora tampoco,
flechas de avispas en el aire ciego,
ni la humedad caliente de tu asfixia
que sostiene tu beso.

No es nada de tu cuerpo,
ni una brizna, ni un pétalo,
ni una gota, ni un grano, ni un momento:

Es sólo este lugar donde estuviste,
estos mis brazos de terco.

ADORACION (Antología poética) / Cintio Vitier

¡Índice fúnebre y solar!
El girasol adora a la piña.
¡Raíz aterradora de la vida!
El clavel adora a la rosa.
¡Física, Metafísica, Química!
El macho cabrío radiante, el gallo reguero de chispas.
¡Resurrección al penetrar, oh Muerte!
¡Oh Vida! El día adora a la noche.
La noche adora al girasol.
El mar adora a la tierra, el sol a la luna.
El fuego al aire, al agua, a la tierra.
El girasol al fuego.
¡Oh Adoración! ¡Oh Hambre!
La Vía Láctea reposa en el pecho unido del Hombre y la
Mujer.

KERSTIN (Vida continua) / Javier Sologuren

Por el tiempo se alzaban
los árboles y el cielo.
Yo escribía con lápiz,
contigo, con silencio,
palabras como fuentes,
fuentes como misterios
de albas y atardeceres
caídos en el tiempo.
Yo escribía contigo,
contigo y en silencio.

LA REALIDAD ES AHI DONDE EL SILENCIO...
(Vencimientos) / Juan Liscano

La realidad es ahí donde el silencio
propicia el nacimiento del lenguaje.
Porque antes que el oído están los ruidos
y antes que la vista lo creado
y antes que las palabras están las cosas.
Callar para poder mirar, oír y hablar
en una lenta floración olvidada.

MIENTRAS TU DUERMES (El vuelo de la celebración) /
Claudio Rodríguez

Cuando tú duermes
pones los pies muy juntos,
alta la cara y ladeada, y cruzas
y alzas las rodillas, no astutas todavía;
la mano silenciosa en la mejilla izquierda
y la mano derecha en el hombro que es puerta
y oración no maldita.

Qué cuerpo tan querido,
junto al dolor lascivo de su sueño,
con su inocencia y su libertad
como recién llovido.

Ahora que estás durmiendo
y la mañana de la almohada,
el oleaje de las sábanas,
me dan camino a la contemplación,
no al sueño, pon, pon tus dedos
en los labios,
y el pulgar en la sien,

como ahora. Y déjame que ande
lo que estoy viendo y amo: tu manera de dormir, casi niña,
y tu respiración tan limpia que es casi un suspiro
y llega casi al beso.
Te estoy acompañando. Despiértate. Es de día.

*PANDEMICA Y CELESTE (Las personas del verbo) / Jaime Gil
de Biedma*

Imagínate ahora que tú y yo
muy tarde ya en la noche
hablemos hombre a hombre, finalmente.
Imagínatelo,
en una de esas noches memorables
de rara comunicación, con la botella
medio vacía, los ceniceros sucios,
y después de agotado el tema de la vida.
Que te voy a enseñar un corazón,
un corazón fiel,
desnudo de cintura para abajo,
hipócrita lector –“mon semblable, mon frère!”

Porque no es la impaciencia del buscador de orgasmo
quien me tira del cuerpo hacia otros cuerpos
a ser posible jóvenes:
yo persigo también el dulce amor,
el tierno amor para dormir al lado
y que alegre mi cama al despertarse,
cercano como un pájaro.

¡Si yo no puedo desnudarme nunca,
si jamás he podido entrar en unos brazos
sin sentir –aunque sea nada más que un momento–
igual deslumbramiento que a los veinte años!

Para saber de amor, para aprenderle,
haber estado solo es necesario.

Y es necesario en cuatrocientas noches
—con cuatrocientos cuerpos diferentes—
haber hecho el amor. Que sus misterios,
como dijo el poeta, son del alma,
pero un cuerpo es el libro en que se leen.

Y por eso me alegro de haberme revolcado
sobre la arena gruesa, los dos medio vestidos,
mientras buscaba ese tendón del hombro.
Me conmueve el recuerdo de tantas ocasiones...
Aquella carretera de montaña
y los bien empleados abrazos furtivos
y el instante indefenso, de pie, tras el frenazo,
pegados a la tapia, cegados por las luces.

O aquel atardecer cerca del río
desnudos y riéndonos, de yedra coronados.
O aquel portal en Roma —en vía Babuino.
Y recuerdos de caras y ciudades
apenas conocidas, de cuerpos entrevistados,
de escaleras sin luz, de camarotes,
de bares, de pasajes desiertos, de prostíbulos,
y de infinitas casetas de baños,
de fosos de un castillo.
Recuerdos de vosotras, sobre todo,
oh noches en hoteles de una noche,
definitivas noches en pensiones sórdidas,
en cuartos recién fríos,
noches que devolvéis a vuestros huéspedes
un olvidado sabor a sí mismos!
La historia en cuerpo y alma, como una imagen rota,
de "la languueur goutée à ce mal d' être deux".

PERO TU NUNCA (Punto cero) / Angel Valente

Soledad, sí,
pero tú nunca.

Ausencia,
pero tú nunca:
inmóvil luz sin término
bajo la luna fría
de la falta de amor.